

en las profundidades de la mente humana y en las relaciones entre la ciencia y la sociedad. ■

M^a José Barral Morán, Universidad de Zaragoza

Rafael Huertas García-Alejo. Los laboratorios de la norma. Medicina y regulación social en el Estado liberal. Barcelona: Octaedro; 2008, 168 p. ISBN 9788480639422, € 16,80.

Podríamos encontrar tentador decir que el presente texto de Rafael Huertas es una «obra menor». Y si dijésemos tal cosa, no nos sería nada difícil encontrar argumentos que apoyaran nuestra afirmación: desde la misma extensión del libro —apenas 150 páginas—, hasta aspectos más serios como la escasa novedad de los hechos relatados o de la documentación manejada. En efecto, no encontramos en este libro de Huertas nada «novedoso». Los hechos que relata son bastante conocidos, recuperados durante los últimos años por una generación de historiadores de la medicina, a la que pertenece el propio Huertas, que realizaron la extraordinaria labor de dejar atrás ciertos complejos sobre nuestra medicina en particular y nuestra ciencia en general, para realizar una historia de la medicina en España que, por fin, respondía a las pulsiones de su tiempo. Los hechos, decía, no son novedosos, y tampoco las fuentes utilizadas para sostener la argumentación alrededor de los mismos, la mayoría de ellas ampliamente citadas y utilizadas anteriormente por el propio Huertas. Y sin embargo, nunca, en ninguna situación y ante ningún público, me atrevería a calificar este libro de Huertas como una «obra menor». Hay algo que me lo impide, algo que sí es plenamente novedoso en relación con esos otros estudios más académicos y que confiere a esta obra el valor de un libro imprescindible: la organización de los hechos relatados y la finalidad del libro.

Empecemos por el último punto, pues, pese a que pueda sonar un tanto biologicista, la organización de las partes depende de la finalidad del todo. O tal vez sea mejor decir de su «función». Y es que, como el mismo Rafael Huertas confiesa en el prólogo, este libro, que es un libro hecho «por encargo», debe ser situado en un contexto de investigación-acción que le otorga una finalidad expresa, una finalidad, dice Huertas, que pretende ser emancipatoria «del pensamiento único, pesadamente unitario, que nos arroja y nos sujeta cotidianamente» (p. 14). Se trata, por tanto, de un libro de combate, en la tradición del «intelectual dinamitero» inaugurada por M. Foucault, del que luego hablaremos algo más. Y tal vez esto explique la «falta de novedad» que mencionábamos en el párrafo anterior, puesto que el formato del libro de combate,

escrito con la intención de llegar a un público numeroso y variado, implica apartarse de la erudición profunda pero árida para centrarse en lo realmente útil para la acción que se realiza, para la finalidad que se busca al escribir. Y si bien explica esa limitación, la función que acabamos de describir también explica lo profundamente original del libro: la organización de los materiales manejados. Huertas utiliza aquí tres temas que ha trabajado extensamente a lo largo de su carrera: la locura, la infancia y la higiene. Pero por vez primera los sitúa juntas, una al lado de la otra, explícita y conscientemente. Con la intención de hacer evidente que, detrás de cada una de ellas, se encuentra un único objeto de investigación historiográfico: la historia del control social. Es por eso que no encontramos grandes aportaciones a la historia de la locura, o a la historia de la infancia anormal. Quien quiera encontrarlas que acuda a esos otros libros del mismo Huertas, mucho más «académicos». El presente libro no busca realizar aportaciones a las historias particulares de estos objetos, sino situar lo ya sabido en el amplio contexto de la historia del control social, tal y como se produce a finales del siglo XIX y principios del XX. Esta forma de organizar los materiales se apoya en una crítica a Foucault, o tal vez sea más acertado decir a los trabajos de corte foucaultiano. Huertas reconoce la deuda que la historia del control social tiene con el pensador francés, y no le escatima su mérito de sacar a la luz, junto a otros, temas candentes que no habían sido objeto de investigación histórica. Sin embargo, el reconocimiento de esta deuda no puede traducirse en un seguidismo acrítico, sino que debe ser matizada por una crítica que contribuya a hacer más transitado y transitado el camino abierto por Foucault. En este sentido, Huertas señala acertadamente dos críticas de primer orden: en primer lugar, la necesidad de poner en entredicho el éxito de las estrategias de control social a través de un detallado estudio no sólo de los textos que las anuncian, sino de las prácticas que las ejecutan (p. 23). Un estudio de este tipo deberá tener en cuenta las distintas técnicas de resistencia empleadas por los que se pretende controlar y que pone en entredicho la efectividad de las estrategias del poder, en la línea de Michel de Certeau o de Pierre Bourdieu. Se reclama, para ello, la realización de estudios locales y comparados que valoren los motivos del éxito o fracaso de las estrategias aplicadas. La segunda crítica a los estudios de corte foucaultiano tiene que ver con la importancia que en estos se da a los discursos del poder, olvidando, precisamente, el de los controlados y resistentes —utilizo «discurso», en este contexto, como una abreviatura con la que abarcar textos, prácticas, experiencias, etc., mucho más parecido, en todo caso, a la idea de Geertz de que todo es legible como un texto, que a la idea de *discurso* de origen francés y, claro está, profundamente foucaultiana— (p. 24). Esta segunda crítica se deriva de la primera, casi como una conclusión obligada, apuntando, en definitiva, una pérdida del acontecimiento histórico en favor de una generalidad que, muchas veces, pierde contacto con la vida real de los que pretenden ser controlados. El autor, por tanto, insiste en dar mayor protagonismo al «controlado» y a sus estrategias de resistencia y discursos, protagonismo que cifra en la consideración de otros «lugares de enunciación» (p. 32).

De la intención del texto y de esta crítica, respetuosa pero de calado, a la historiografía de raigambre foucaultiana se desprende, por tanto, la disposición de los elementos que componen el texto: estudio del manicomio, de los lugares destinados a la protección de la infancia y, por último, de la evolución del discurso higiénico-moral hacia una difusa «salud de la población», encaminada a la puesta en marcha de estrategias preventivas (p. 24). Se trata, en definitiva, de llevar a cabo lo propuesto en esa revisión crítica de la metodología foucaultiana: realizar estudios locales comparativos que presten mayor atención a las prácticas concretas, tanto a las de control como a las de resistencia (p. 53 y ss.). Un estudio, en definitiva, que pone en lugar central de su argumentación la figura del «marginado», y que debe reflexionar, por tanto, de forma obligatoria sobre la marginación, no tanto como discurso genérico sino en tanto que se concreta en estrategias efectivas de control social preñadas de «contenidos sanitarios» (p. 107), imprescindibles tanto para definir la «exclusión» como para articular las estrategias de «inclusión social». Esta reflexión sobre el papel de la medicina en los procesos de exclusión-inclusión social es lo que lleva a Huertas a reflexionar, en los dos primeros capítulos, sobre lo que denomina espacios cerrados (el manicomio, la cárcel) y semicerrados (la escuela, el hospital) y a dedicar el tercer capítulo, precisamente, al espacio social más amplio, abierto, en el que la medicina, a través de la Medicina Social y la Higiene, encuentran un paisaje propicio para llevar a cabo actuaciones normativas (p. 108), espacio abierto que termina por llevar a Huertas hacia una investigación sobre la construcción del yo, de la identidad a través del cuerpo, en ese espacio social donde la medicina y el poder se alían para inscribir en el cuerpo una serie de valores normativos. Volviendo, de esta forma, a Foucault nuevamente, en tanto que él fue el primero que nos enseñó que la medicina no es simplemente conocimiento, no es «otra forma más de ciencia», sino que la medicina es, desde su raíz, poder.

En definitiva, el presente texto puede considerarse casi como un punto de inflexión en la obra de Rafael Huertas. Un lugar en que poner por escrito una serie de reflexiones sobre cómo se debe narrar la historia de la medicina tras las guerras de la ciencia que se desarrollaron en la década de los noventa del pasado siglo XX y los primeros años de este siglo XXI. Un texto en el que Huertas no sólo reflexiona sobre cómo se debe narrar, sino que también muestra cómo hacerlo y, más importante, reflexiona sobre los enfoques y tendencias que cree necesarios para seguir escribiendo esa historia tras tanto ruido. Creo que es aquí donde reside el valor fundamental de esta obra, ese valor que impide calificarla como menor. ■

Juan Manuel Zaragoza Bernal, Instituto de Filosofía-CCHS, CSIC